

Una historia de pioneros: La educación de la interioridad en un contexto de pandemia

Elena Andrés Suárez¹

Resumen

Este artículo, partiendo de la experiencia personal de su autora, quiere ofrecer algunas de las enseñanzas adquiridas durante el tiempo de la pandemia, que pudieran ser valiosas o inspiradoras para cualquier agente de evangelización en el ámbito educativo. El desierto, como uno de los lugares teológicos del encuentro con Dios, sirve de descripción de todo lo que interna y externamente se mostró árido y difícil de transitar. En esa travesía por el desierto, se propone la imagen del pionero como motivación del trabajo de adaptación de la Educación de la Interioridad (EI) al formato virtual y como gran símbolo de impulso y comprensión de la labor del evangelizador en tiempos convulsos. Se describe la EI como la labor necesaria de construir puentes que permitan a la comunidad educativa pasar sobre las aguas turbulentas de un mundo cambiante e incierto, un paso a otras orillas que tienen más que ver con el Evangelio.

Palabras clave

Desierto, cuidado, comprensión, pionero, puentes, educación de la interioridad

1 Directora de contenidos del experto Universitario de Educación de la Interioridad en Centros Educativos, La Salle Campus Madrid.

Introducción

Como humanidad, la pandemia de la COVID-19 nos introdujo en un desierto colectivo de dimensiones inmensas que aún ahora, estamos comenzando a identificar y comprender. La gran cuestión sería si como familia humana, hemos regresado de esa travesía por el desierto con más sabiduría, con más deseos y mejores estrategias para enmendar y mejorar todo aquello que descubrimos como carencias en nuestros modos de vida durante el tiempo de pandemia.

En la Biblia el desierto es lugar de encuentro con Dios, espacio a transitar para salir de la esclavitud hacia la libertad y escenario de cambios radicales en la vida de las personas. Jesús de Nazaret, antes de comenzar su vida pública, acude al desierto y allí vive la lucha contra un modo de entender su misión opuesto totalmente al estilo de Dios. De esa lucha, el Hijo de Dios, emerge con gestos y palabras que anuncian y hacen presente el Reino de Dios entre los seres humanos de un modo concreto.

Todos nosotros, en algún momento de nuestra historia personal, nos vemos abocados a atravesar nuestros propios desiertos. Son momentos de una gran carga existencial que, vividos con lucidez, nos aportan nuevas comprensiones de la realidad, generan cambios en nosotros o reorientan nuestros pasos.

Esto que acontece en el ámbito individual, sucede también en la vida de las sociedades y de las instituciones. Así, en concreto, el mundo educativo atravesó su propio desierto y, de la mano del ingente trabajo de los maestros y las maestras, pudo acompañar de la mejor manera posible a familias y alumnos en esa dura travesía. Si echamos la vista atrás, recordaremos el modo en el que, de un día para otro, los profesores y profesoras del mundo entero pasaron del aula a la pantalla del ordenador impartiendo clases y acompañando a sus alumnos desde casa. Personalmente creo que aún no hemos valorado con justicia el esfuerzo realizado por educadores y alumnos en esos meses de confinamiento. Cuando llegó el momento de poder regresar a las aulas, la labor de recreación y adaptación a las medidas sanitarias continuó demostrando la capacidad creativa y la dedicación de los profesores y profesoras del mundo.

Lo que viví personalmente durante la pandemia en mi relación con diferentes instituciones educativas cristianas, me certifica que el discernimiento compartido de los acontecimientos sociales, nos capacita para vivir el paso de la “incertidumbre” a la “incertidumbre”. Quizá a eso se refiere el Principito cuando afirma que “lo hermoso del desierto es que en cualquier parte esconde un pozo”².

Los “pozos” a los que me voy a referir aluden a la respuesta ante la emergencia de la COVID-19 en el ámbito educativo y, más en concreto, en lo que alude a la Educación de la Interioridad como paradigma pedagógico.

Expondré tanto lo que se refiere a mi modo de recrear el acompañamiento de las instituciones educativas a las que asesoro en la creación y puesta en marcha de programas de la Educación de la Interioridad (EI), como a lo que esas instituciones identificaron como necesario para acompañar la vivencia de la comunidad educativa, familias, maestros y alumnos, en esos momentos tan densos y difíciles.

1. Educar la interioridad en la escuela: aprender a ser cuidando el ser

Para quien no esté familiarizado con la Educación de la Interioridad como paradigma educativo presentaré a continuación algunas claves de comprensión de la misma.

La EI es una propuesta pedagógica que busca acompañar a la comunidad educativa desde la competencia básica de “aprender a ser” añadiendo un matiz importante: *cuidando el ser*.

Dicho de otro modo, el entramado de objetivos, contenidos y metodología que configuran esta propuesta de EI, parte de la constatación de que no basta con aprender a ser, sino que es preciso que junto a ello se dé el aprender cómo cuidar el ser: el mío, el de los demás, el del planeta.

2 Saint-Exupéry, *El Principito*, Madrid 2001, 5 reimpresión.

La importancia de entender la profunda vinculación entre “ser” y “cuidado” siempre ha estado en este modelo de EI, pero se hizo para mí aún más patente durante el tiempo de la pandemia. Ciertamente, si prestamos atención, veremos de qué modo el verbo “cuidar” y la reflexión en torno al “cuidado” y “los cuidados” se han hecho presentes en los discursos y propuestas de diversos ámbitos sociales especialmente al terminar el periodo del confinamiento.

De alguna manera, como sociedades, nos dimos cuenta del descuido al que habíamos sometido el cuidado del otro. Despertamos al hecho de que muchísimas personas, en nuestras ciudades, habían vivido un calvario de soledad y olvido durante los dos meses del confinamiento. Como nunca antes, identificamos con claridad lo vital que es que toda persona tenga en su vida una red de relaciones estable que se convierte, en los momentos difíciles, en red de cuidado.

1.1. Ser cuidado y cuidar

Es un hecho que, para poder desarrollar su vida, toda persona precisa ser y sentirse cuidada. Al nacer, el ser humano, es una criatura totalmente desvalida que va a necesitar muchos años los cuidados y el acompañamiento de su entorno familiar. Llegados a la vida adulta, descubrimos que seguimos precisando sentirnos cuidados, ya no como cuando éramos niños, sino de otras formas que adoptan la concreción de la amistad, el respeto y valoración en el trabajo que desempeñamos, el amor de la pareja y de los hijos, además del auto cuidado a través del cultivo consciente de tales relaciones, de la atención a nuestra salud física y mental, etc.

Sería interesante, detener aquí la lectura y que cada uno de nosotros pudiera hacer una lista de todo aquello que en su vida tiene que ver con el cuidado de uno mismo, de los demás y del mundo en el que vivimos. También una lista de las acciones que configuran el cuidado de la fe. En todo ello, identificar el cuidado que recibo y el cuidado que doy.

Si realizáramos el ejercicio al que me refiero, quizá descubriéramos asombrados que, en gran medida, la vida de cada uno de nosotros es deudora de múltiples cuidados recibidos (o no recibidos). Junto a ello, también nos daríamos cuenta del modo en el que nos nace de dentro cuidar a otros, cuidar nuestro entorno, etc.

Estoy convencida de que por todo lo anterior, el camino para poder desplegar todas las potencialidades de nuestro ser, pasa por el verbo “cuidar” conjugado en activa y en pasiva y en todos sus tiempos.

1.2. LA EI y sus dos objetivos principales

La EI entendida como modelo pedagógico, entrega a la comunidad educativa las herramientas para que el cuidado se dé en acciones concretas hacia uno mismo, hacia los demás y hacia la relación con el Misterio. Son dos los objetivos principales que orientan los procesos y la metodología de la EI.

El primer objetivo se enuncia como “favorecer la unificación de las dimensiones de la persona”. Con ello, indicamos la importancia de generar procesos en la escuela que ayuden al alumno a lo largo de su vida escolar, a comprenderse a sí mismo como un todo interconectado. Cuerpo, mente y corazón son expresiones de un solo “yo” o sujeto. La EI se sitúa al enunciar este objetivo en la necesidad de aportar herramientas para el autoconocimiento, la introspección y, en definitiva, la progresiva construcción de la identidad personal.

El segundo objetivo resulta inseparable del anterior y se enuncia como “construir la unidad con los demás, el mundo y el Misterio”. La EI alude en su segundo objetivo a la salida de uno mismo hacia los demás y hacia el mundo en el que vivimos, además de acompañar la pregunta y búsqueda de respuesta por el sentido de la vida.

Como puede apreciarse, los dos objetivos están totalmente interrelacionados: el ser humano es un ser en relación. Sin “el rostro del otro” en alusión a la filosofía de Emmanuel Lévinas, la construcción de la identidad personal se transforma en una “fuga mundi” o en un ejercicio narcisista y ego centrado y, del mismo modo, sin el ejercicio

de la introspección, sin llevar lo vivido en el exterior a lugares interiores de profundización, el mundo relacional, laboral e incluso, la vida de fe, se quedan en lo superficial y no personalizado.

Para caminar hacia estos dos objetivos, la EI propone trabajar en torno a tres contenidos: el trabajo corporal, la integración emocional y la apertura a la trascendencia, entendiendo que no son aspectos independientes, sino ámbitos íntimamente relacionados e inseparables de la persona. Para ello se propone utilizar una metodología activa en la que, a través de múltiples técnicas, cada alumno pueda ir dando a luz su propia sabiduría interior al modo de la mayéutica socrática. El educador es aquí acompañante, testigo y facilitador de un proceso a la vez personal y grupal. Y es de gran importancia señalar el modo en el que el grupo acompaña implícitamente los procesos personales. Se da siempre una sinergia hermosa y compleja entre el alumno y el grupo en cada intervención de EI y deseo señalar tal sinergia porque, precisamente, durante el tiempo del confinamiento, la vivencia del grupo quedó muy recortada por el formato virtual.

Hasta aquí una somera descripción de los elementos que pueden ayudar a entender qué aprendizajes podemos extraer de esa peculiar travesía por el desierto que fue la pandemia. Se trata de identificar los aprendizajes realizados y comprender cómo podemos implementarlos en este tiempo post pandémico en lo referente a nuestra misión evangelizadora.

2. Focalizarse en lo posible

Me adentro ahora en exponer los cambios que como formadora de formadores tuve que llevar a cabo para poder continuar los procesos formativos que estaban ya en marcha antes del confinamiento.

Hemos visto que esta propuesta de EI utiliza una metodología activa. Esa metodología conlleva aprender a aplicar en el aula diferentes técnicas que aluden a los tres contenidos principales de la EI: el trabajo corporal, la integración emocional y la apertura a la trascendencia.

El modelo formativo, como no puede ser de otra manera, consiste en que el grupo de profesores viva una inmersión lo más completa posible en el modelo pedagógico de la EI. Se trata de conocer los fundamentos teóricos que la sustentan y de experimentar las técnicas principales. Para todo ello, la presencialidad es la clave de bóveda. Tanto en los momentos de profundización teórica como en las sesiones prácticas, la interacción cercana, la convivencia, son el medio de aprendizaje, puede decirse que el mensaje va entero tanto en el modo de proponer las diferentes sesiones formativas cómo en la articulación del horario. El profesor queda inmerso en un ritmo que ayude a un verdadero adentramiento en su interioridad a modo de lo que sucede en un retiro espiritual.

Hemos de pensar que, en los grupos de profesores en formación, pueden darse niveles muy diversos de experiencia interior. Habrá personas que estén habituadas a días de retiro de un tipo u otro, otras que quizá nunca han vivido algo así. Para poder comprender de qué hablamos cuando proponemos educar la dimensión interior en la escuela, es imprescindible una inmersión lo más integral posible en todo lo que comporta. Señalo y recalco este punto porque fue el principal escollo con el que me encontré al tener que pensar en adaptar esta propuesta formativa y este modo de acompañamiento, a un formato no presencial.

2.1. “Ponte en modo Genius”

A punto de anunciarse el confinamiento total, se produjo en mi agenda una cascada de anulación de todas las formaciones previstas. No puedo dejar de compartir en estas líneas el desierto personal que eso supuso para mí. Durante un tiempo, me quedé “mano sobre mano” sin saber qué podía hacer o si podía hacer algo y, además, con la desagradable sensación de no poder acompañar a los educadores con los que había iniciado procesos formativos.

Desde mi punto de vista resultaba evidente que era imposible continuar con las formaciones. En mi propia casa, mi marido, profesor de Secundaria, aprendía día a día cómo impartir sus materias en el formato virtual. Mientras tanto, yo comprobaba la imposibilidad

para mí de ofrecer mis contenidos de ese modo debido a la enorme centralidad de la experimentación personal de las técnicas más importantes y del papel esencial que juegan el grupo, la cercanía y el ambiente de un cierto retiro como he explicado anteriormente. Tal y como lo veía entonces, me resultaba imposible acompañar desde un ordenador, por ejemplo, una visualización de cierto calado con todo su proceso relajatorio y de recogida de lo vivido mediante el lenguaje artístico o la expresión corporal. Mucho menos me parecía posible enseñar a crear y animar gestos o juegos o cómo acompañar una sesión de masajes por parejas por mencionar algunas técnicas. En definitiva, lo que veía que era posible para los profesores, lo veía del todo imposible para mí.

Pero ahí justo en ese desierto de un paro forzoso, Dios estaba preparando la emergencia de “algo nuevo”. Fue de la mano de la responsable de una de las instituciones que estaba asesorando en ese tiempo. De pronto, se me pidió literalmente “ponerme en modo Genius”. Recuerdo perfectamente el convencimiento con el que esa maravillosa persona me decía que creía en mí, en mi capacidad para poder proponer algo que permitiera continuar acompañando a los profesores con los que ya había vivido una intensa semana de formación presencial. Del mismo modo, recuerdo vivamente, la profunda sensación de impotencia que me invadió al terminar la videollamada con esa profesora. Dentro de mí todo lo que escuchaba era: “¡es imposible!”.

Así que lo que hice fue ponerme en manos de Dios. Recordé vivamente a María y su pregunta al ángel anunciador. Yo también le pregunté al Señor: ¿Cómo puede ser?

Y la respuesta fue la que escuchó María de boca de Gabriel: “Para Dios no hay nada imposible”. Con esa certeza en el corazón, me calmé y como Jeremías, bajé al taller del Alfarero: Comprendí que lo primero que debía hacer era un ejercicio muy simple: en un papel, hacer un listado de técnicas y ejercicios que podrían admitir el formato virtual, y una lista de las que me parecía que no admitían tal formato.

Qué simple, pero ¡qué efectivo! Porque, al hacerlo, se fue desplegando ante mí un horizonte impensable, inesperado, sorprendente. Comprobé en ese “taller del alfarero” que la vasija de la EI aparentemente rota, renacía ante mí con otra forma, quizá no la deseada, pero sí la que posibilitaba que mi misión de acompañamiento y formación continuara adelante.

En una lectura posterior, escucho en esa propuesta de ponerme en modo “Genius”, la invitación de Dios a ir más allá. De mil maneras, Dios nos sale al encuentro y nos ayuda a ver lo posible en lo aparentemente imposible. Sí, para Dios no hay nada imposible. Creo que para quienes vivimos la vocación educativa y evangelizadora, esta certeza debiera estar grabada a fuego en nuestros corazones, porque creer de veras que para Dios nada hay imposible, significa poder afrontar los retos de la evangelización no desde nuestras propias fuerzas, sino plenamente confiados en que Dios llega donde nosotros no podemos o no sabemos llegar. Eso, supone un descanso interior y ese descanso es lo que hace posible que broten en nosotros la creatividad y la ilusión en medio de panoramas que invitan a justo lo contrario.

3. Entrar en una nueva comprensión

Ante los acontecimientos que no podemos controlar, ante lo que nos viene dado y nos resulta difícil de acoger, o nos genera miedo o rechazo, podemos reaccionar de dos modos: entrando en la de-presión o adentrándonos en la com-pre(n)sión. Voy a permitirme jugar un poco con estas dos palabras que evocan dos modos de reacción ante los acontecimientos.

3.1. De-presión

La palabra “depresión” viene del latín *depressio*. Está formada por el prefijo *de-* que indica “decaimiento de arriba hacia abajo”, la palabra *pressus* que proviene a su vez del verbo *premere* (presionar) y el sufijo *-sio* que indica “acción o efecto”. Así, la depresión sería un decaimiento moral de la persona sometida a una presión. Y ciertamente pueden llegar momentos en la vida en los que seamos sometidos

a presiones que nos resultan excesivas o que nosotros percibimos subjetivamente como excesivas y amenazan con hundirnos, con dejarnos inmóviles. Esa reacción es humana y, desde luego, muy normal ante momentos como los de la pandemia. En mi caso sentí la tentación de afiliarme al “¡es imposible!” que resonaba en mí. Pero, cuando ponemos bajo la mirada de Dios aquello que nos hunde, que nos inmoviliza, Él nos descubre una nueva comprensión que nos capacita para levantarnos y seguir caminando.

3.2. Com-pre(n)sión

La palabra “compresión” viene del latín *compressio*. Significa “acción y efecto de apretar todo hasta reducir su volumen”. Está formada por el prefijo *con-* que significa “todo, junto” y *pressus* (presionado). Jugando con esta palabra, se me ocurre que el proceso que nos capacita para no quedarnos en la depresión y el inmovilismo, es en ocasiones el de “comprimir” la situación, es decir, desnudarla de las lecturas desmesuradas y de los añadidos excesivos. Aludiendo de nuevo a lo que viví durante el confinamiento, me di cuenta de que, si un profesor era capaz de realizar una adaptación de su materia al entorno virtual, no podía yo sobredimensionar mi tarea hasta tal punto que me imposibilitara a mí realizar la adaptación necesaria. Comprimí el problema, me quedé con lo esencial y ahí, encontré la puerta que se abría ante mí. Comprendí todo de forma mejor y más realista, que incluía el saberme y sentirme solidaria con los profesores a los que acompañaba haciendo lo que a mí me tocaba hacer.

A través de esa *compresión* se me dio una nueva *comprensión*. Se trataba de focalizar la atención en lo posible y no en lo imposible. Se trataba de no enfocarme en lo perfecto sino en lo mejor para ese momento. Si no podía ofrecerlo todo no era sinónimo de no poder ofrecer nada. Reduje el volumen de problema y eso me permitió encontrar el punto de partida para la solución.

4. Pioneros de un mundo inédito

Entrar en otro modo de comprensión, nos moviliza y permite que fluyan las ideas y la energía interior. La institución que me pedía

idear una formación no presencial es de espiritualidad franciscana así que se me ocurrió pedirle a un amigo franciscano, alumno del Posgrado en el campus La Salle, que me facilitara lo que en su entorno se estaba escribiendo y proponiendo en torno a la pandemia.

Así es como llegó a mis manos un artículo titulado “hacer misericordia en tiempos del COVID” de Bernardo Molina OFM^{Cap}, profesor de la Pontificia Universidad Antonianum de Roma. En él, revisando la opción de Francisco por los leprosos, proponía un modo de hacernos presentes en la crisis. Fue al leer una de sus frases cuando se me regaló una expresión que inspiró todo lo que después se convirtió primero en un curso concreto para esa institución y, progresivamente, en un modo de reordenar y proponer la EI. La frase en cuestión decía así:

“Seremos pioneros de un mundo inédito. Esta es la ocasión para sanar nuestra relación con nosotros mismos, con los demás, con Dios y con la creación”.³

Esa expresión “pioneros de un mundo inédito” me resultó fascinante. En ella estaba dicho todo y desde ella nacían mil ideas. Comencé a verme a mí misma como una pionera y eso me hizo bien. La imagen de la pionera, me ayudaba a entender que no se trataba de tenerlo todo claro y perfecto, sino de explorar y hacerlo en compañía. Debía yo misma adentrarme como nunca antes en los territorios de mis dudas, de mi vulnerabilidad, en mi desierto, para regresar de allí con las primicias de algo bueno para los educadores.

Además, en esa frase, encontré reflejado a la perfección el segundo objetivo de la EI que antes he indicado: Construir la unidad con los demás, con el mundo y con el Misterio/Dios.

Así que elegí como lema de mi trabajo de adaptación de la EI al contexto COVID la expresión “pioneros de un mundo inédito” y encontré en ella una fuente de inspiración casi inacabable. El ejercicio de relectura y de reorganización de todos los materiales desde ese

3 <https://franciscanos.cl/2020/05/hacer-misericordia-en-los-tiempos-del-covid-19/>. Publicado en Franciscanos Chile. Provincia de la Santísima Trinidad.

lema o imagen del pionero, siguió adentrándome en nuevos modos de comprensión de actividades que había animado miles de veces.

A medida que creaba una estructura y unos contenidos para responder a la petición de formación online de aquella institución, nacían muchos nuevos materiales teóricos y prácticos. Aparecían matices nuevos que me sorprendía no haber visto hasta ese momento.

4.1. Lo nuevo y lo inédito

Día a día, se hacía realidad que para Dios nada hay imposible y que Él hace nuevas todas las cosas.

Así creé mi primer curso online de EI titulado, como no podía ser de otra manera “Pioneros de un mundo nuevo”, ese fue su primer enunciado, más tarde, decidí quedarme con la expresión literal de Fray Bernardo Molina y se llamó “pioneros de un mundo inédito” porque lo inédito resulta más cercano a lo que hemos estado viviendo. Lo nuevo evoca algo ya identificable, lo inédito evoca algo que se está construyendo, que asombra constantemente, que obliga a estar atento, a no bajar la guardia porque está en continuo cambio.

Y es que, ese es el mundo en el que vivimos, nos guste o no; un mundo que cambia a un ritmo acelerado, difícil a veces de asumir. Esa continua novedad resulta incómoda, parece que todo se mueve bajo nuestros pies, aumenta la sensación de la complejidad de la vida. Pero, si nos ponemos las gafas de la fe, podemos entender ese cambio que no cesa desde esa hermosa pregunta que nos lanza Isaías: “Algo nuevo está naciendo ¿no lo notáis?”. Esa pregunta invita a abrir el oído, a prestar más atención. Lejos de resultar entonces algo cansino, la emergencia de lo que aún no posee un contorno definido, de lo que está naciendo, nos pone en camino, nos mantiene vigilantes y a la escucha.

4.2. El desierto desvela sus pozos escondidos

“Pioneros de un mundo inédito” se convirtió en un verdadero regalo. La primera vez que me vi impartiendo esta formación a través

de un ordenador, me sentí temblorosa e ilusionada a la vez. Representó, de alguna manera, como ese “volver al amor primero”. Todo era nuevo, incluso ejercicios que había dinamizado miles de veces, me resultaban totalmente nuevos por el formato en el que lo proponía. Fui testigo de nuevas energías en mí misma. Intentar transmitir esa conexión con lo profundo desde un ordenador, nos obliga a poner los cinco sentidos a funcionar, nos pide ser más expresivos, más cercanos aún... Pero, del otro lado, me llegaba a mí también toda esa energía. Realmente sentía conmigo a los profesores. Y pasaron cosas. Sí, vivimos experiencias que nos tocaron el corazón a pesar de la distancia física. Nunca lo hubiera podido imaginar.

De aquel primer curso online, regresé cambiada, confortada, impactada y sorprendida, pero, sobre todo, infinitamente agradecida a aquella persona que me había casi obligado amorosamente a ponerme en modo creativo. El desierto me desvelaba sus pozos escondidos.

Impartí “Pioneros de un mundo inédito” en formato virtual cinco veces más a diferentes instituciones educativas y se transformó también en un retiro online. Y, no sólo eso, sino que, gracias a los aprendizajes que hice, pudimos retomar el Experto Universitario que había quedado frenado por el confinamiento e, incluso, realizar un Simposio online.

Quizá en este momento, todo esto no resulte especialmente llamativo u original. Pero desearía que se comprendiera que llegar a ese momento significó no sólo para mí, sino para los profesores que ya se habían formado conmigo, un reto. Renunciábamos a algo que nos parecía perfecto y maravilloso, estar todos juntos en un espacio compartido durante varios días viviendo ese ir más adentro. Renunciábamos a los abrazos, las miradas cómplices, el café de entre horas y la conversación, el disfrute de las sesiones en el tatami, los paseos de después de comer o cenar, la oración en el oratorio lleno de los símbolos nacidos en cada sesión... Quien lo había “probado” debía también hacer él mismo un ejercicio de adaptación y de apertura a este nuevo formato.

Fue toda una lección caminar juntos ese trecho de camino en el que todos éramos de veras pioneros y pioneras.

4.3. Pioneros que construyen puentes para pasar a otra orilla

La idea central del curso “Pioneros de un mundo inédito” se sitúa en la imagen del pionero que es capaz de construir puentes. La pandemia y todos sus componentes se antojaban como unas aguas turbulentas de difícil navegación. Frente a ese mar embravecido de un mundo convulso, nos sentíamos débiles, poca cosa. Como un barquito de papel que sabe que, si se adentra en esa mar embravecida, sucumbirá sin duda.

Surge aquí el recuerdo de aquella bella canción de Simon y Garfunkel “puente sobre aguas turbulentas”. Por ello, la acción de construir puentes es la acción central que acompaña la propuesta pedagógica de la EI en esta concreción de ser pioneros y pioneras.

Un puente une dos orillas, eso permite al caminante pasar de una orilla a otra. En el evangelio de Mateo, Jesús y sus discípulos pasan en varias ocasiones de una orilla a otra (Mt 8,18; 9,1; 14,22; 16,5). Ese paso puede ser leído como una enseñanza acerca de la necesidad de ir siempre más allá, de no quedarnos nunca establecidos y conformes más aún si la “orilla” en la que ansiamos detenernos no ofrece un verdadero camino de humanidad y fraternidad.

Esta acción de pasar a la otra orilla es entendida en la propuesta de “pioneros de un mundo inédito” como el paso de los modos de vivir que nos empobrecen y enfrentan, hacia modos de vida que nos permiten desplegarlos y convivir mejor. Por ello, el camino que señalan esos puentes es más un camino de no retorno, se trata de una opción: se pasa de un modo de ser y estar a otro, y es precisamente esa opción la que permite atravesar las aguas turbulentas.

Así, el camino del pionero consiste en pasar:

- De la volatilidad y la fragilidad hacia el enraizamiento y la adaptabilidad.
- De la incertidumbre y la ansiedad hacia el conocimiento y la presencia.
- De la complejidad y la no linealidad hacia la contemplación y el espíritu de finura.
- De la ambigüedad y la incomprendibilidad hacia la transparencia y la intuición.

Las orillas que deben dejarse atrás corresponden a las características del denominado “entorno VICA”⁴ (Volatilidad, Incertidumbre, Complejidad y Ambigüedad), un modo de descripción de nuestras sociedades que ha pervivido durante cuarenta años. Precisamente, durante el proceso de documentación y estudio para la creación de la fundamentación teórica del curso, descubrí que esa descripción estaba ya desfasada y que actualmente se propone como modo de conceptualización de la sociedad el llamado entorno FANI (Fragilidad, Ansiedad, No linealidad e Incomprensibilidad). Este segundo modelo social sería la consecuencia del anterior modelo VICA. Si nos fijamos con atención, las características de las orillas de las que queremos salir poseen características de lo que el sociólogo polaco Zigmunt Bauman denominó “modernidad líquida”.

Basándome en esa descripción social propongo que, mediante la EI ayudemos a la comunidad educativa a construir los puentes precisos para pasar a las “otras orillas”. Las herramientas para la construcción de esos puentes serían las propias de la EI: sus objetivos, contenidos y metodología.

Como subrayado principal, la propuesta de “Pioneros” durante el tiempo de pandemia buscaba favorecer la integración emocional de toda la comunidad educativa en un momento tan particular a través el trabajo corporal y de la apertura a la trascendencia. Se había conseguido “salvar” el currículo escolar a pesar de tantas dificultades, al regresar a las aulas se trataba de “salvar” el mundo emocional de los alumnos, profesores y familias.

5. Evangelizar siendo pioneros

Tras esta descripción de lo vivido y aprendido como formadora en el tiempo de pandemia, deseo ahora aplicar esos aprendizajes al contexto de la acción evangelizadora de la escuela católica. Lo haré a modo de algunos ítems que espero inviten al lector a su desarrollo.

4 El concepto VUCA (en inglés) parece que fue introducido por primera vez a principios de los 90 por el U.S. Army War College para referirse al mundo multilateral que emergió tras el fin de la Guerra Fría y que se caracterizaba por ser más volátil, incierto, complejo y ambiguo que nunca antes.

Así, propongo que evangelizar en este momento de nuestra historia tiene que ver con:

- Aprender a cuidar el ser: el mío, el de los demás, el de la casa común.
- Enraizarnos en la certeza de que, para Dios nada es imposible.
- Focalizarnos tozudamente en lo posible.
- Dejarnos adentrar en una nueva comprensión: la que viene del Evangelio y despierta la Esperanza
- Bajar al taller del Alfarero y así...
- Percibir lo nuevo que está naciendo y que adopta formas inéditas para nosotros, pero buenas para Dios: “Y vio Dios, que todo era muy bueno”.
- Para así, en común-unidad, arremangarnos y ser constructores de puentes sobre aguas turbulentas.

Ojalá que lo compartido en este artículo pueda inspirar a todos los pioneros y pioneras que pueblan las aulas y pasillos de las escuelas. Ojalá no cejemos en el empeño de construir puentes que permitan que podamos acompañarnos mutuamente, docentes y alumnos en la fascinante aventura a la que Dios nos invita: SER plenamente y ser con los demás en esta casa común planetaria que “desea vivamente la revelación de los hijos e hijas de Dios” (Rm 8, 19).